

LA DECISIÓN DE ANTONIONA

POR DOMINGO VELÁZQUEZ

Antoniona llevaba sobre sus hombros una hermosa ristra de cuarenta años sobranceros. Pero ella se sentía ágil, erguida, jovial. Considerábase todavía —¡qué caray!— “una mujer de buen ver”. Claro que ver..., ver..., no se podía ver mucho, porque ella tampoco enseñaba gran cosa. Ella nunca se había apartado de su midi-falda, su blusa subidita, su pull-over... Ella había vestido siempre dentro de la más ortodoxa decencia, porque, no en vano, ella había sido educada en un colegio de religiosas. Pero todo esto le importada ya un bledo. ¿De qué le había servido?

En un periquete —pensaba Antoniona— se desquitaría sobradamente de tan dilatado recato. Lo tenía decidido.

—¡Fuera con los tironcitos de falda!

—¡Al diablo el obligado rubor por mor de un vientecillo más o menos!

—¡Abajo las biensentadas!

Es claro que Antoniona tenía también, como cualquier hijo de vecino, sus más y sus menos, sus secretos, sus cosas, su laberinto. En fin, su azarosa historia. Y a veces, en sus largas vigiliass, los recuerdos irrumpían en su alcoba como chiquillos alborotados. Y ella revivía, gozosa, el dulce martirio de los furtivos y pícaros romances amorosos de allá por los catorce. Y el de su frustrado noviazgo con el militar aquel de cuando los dieciocho. Y... Pero de entonces acá había llovido lo suyo.

Los recuerdos que bullían ahora en el caletre de Antoniona eran muy otros. Era un montón de hechos y situaciones más recientes y más gordos. Recordaba, por ejemplo, que todas las amigas de su juventud se habían casado tiempo ha. Recordaba aquel berrinche que agarró cuando oyó que el novio de su sobrina decía a ésta: “Esa tía de tu tía...” Recordaba

ba —y todavía le escocía— la pulla que le soltó el mastuerzo aquel, ante su decidida negativa a cierta osada proposición:

“Pos usted ya no es ninguna niña”.

Recordaba, recordaba..., ¡qué sé yo!... Pero ahora estaba decidida.

Antoniona cogió dos de sus vestidos mejores y más recientemente confeccionados y se plantó en la casa de su modista.

—¿Algún pequeño arreglo. Antoniona?

—Nada de pequeños arreglos. Necesito que me haga en seguida cuatro mini-faldas. Y estos dos me los acorta a veinte centímetros por encima de la rodilla.

—Pero, ¿se ha vuelto usted loca, Antoniona? ¿Veinte centímetros?

—Veinte centímetros. Está decidido.

—¿Cómo decidido? A veinte centímetros es mucha tela. Debí haberme consultado. Quizá diez... Dese cuenta de que usted ya no es ninguna niña y...

—Tampoco tengo... (Las dos mujeres se miraron, fugaz pero fijamente, unos terribles segundos) ...cincuenta. Vamos, digo yo.

—Pero la moral también cuenta, y...

—¿Qué moral ni qué niño muerto, Catalina?

La modista tenía que defender, a todo trance, su punto de vista. Era casi un metro de tela por vestido lo que, en adelante, dejaría de cobrar a la cliente. De otra parte, Antoniona elegía siempre las telas más caras. Y un metro de tela cara por vestido era mucha tela. Además, ella estaba casi segura de que llegarían, cuando menos, a un armisticio, tras el cual se operaría un acuerdo impuesto por la fuerza de la razón; de su razón, naturalmente. Ella conocía como nadie el dócil carácter de Antoniona, así como los infinitos puntos vulnerables de la mujer cuarentona. Atacaría.

—¿Pero cómo no se ha dado usted cuenta de que tiene las canillas delgadísimas y bastante arqueadas, y de que sus rodillas parecen dos plazas de toros?

—¿Y quién le ha dicho a usted que no me he dado cuenta? Lo que pasa es que esa antiquísima pesadilla ha dejado de ser problema. Hoy mismo me he comprado cinco pares de botas altas de diversos modelos y colores, provistas ahora de una especie de cañas plásticas que se adaptan a las piernas y las dejan tan perfectas como husos. Y me extraña que no se haya enterado usted aún de este importantísimo y popular hallazgo de la moda.

La vehemencia que imprimía la cliente a sus palabras iba descubriendo a la modista, no sin asombro, que no se hallaba ahora frente a la

timorata Antoniona de antes. Pero ella habría de defender su parcela hasta las más extremas consecuencias. Lanzaría su última andanada: su bomba atómica.

—Pero vamos a ver, Antoniona: ¿Cómo va usted a hacer desaparecer esa papada? ¿Y las arrugas del cuello? ¿Y las de la cara? ¿Y las patas de gallo? ¿Y ese bulto que le está saliendo en el pescuezo?

Antoniona quedó anonadada, deshecha, casi muerta. Sus largos brazos se desplomaron a lo largo de su largo cuerpo. No esperaba de su amiga tan despiadada insolencia. Pero, ¿por qué —se preguntaba— esa actitud intransigente, hostil, agresiva? Sí, la casa de su modista le había servido más de una vez de improvisado refugio. Pero eso no le daba derecho a... Además, ella había correspondido siempre con largueza. ¿Celos? ¿Envidia? ¿Egoísmo? ¡Cuánta miseria! ¿Sería posible?

Presidida por la triunfal e irónica sonrisa de la modista, una multitud de costosos y complejos remedios cruzaba ahora, precipitada e inconexa, su aturdida mente: clínicas de cirugía estética, institutos de belleza, leches regeneradoras, cremas, aguas milagrosas... Pero he aquí que, de pronto, su transfigurado rostro recobró la luz, la alegría, la serenidad un instante perdidas. Un pensamiento feliz, una idea genial, una tabla de salvación, un milagro había barrido aquella zarabanda. Sus inmensos ojos se iluminaron y se clavaron hondamente en los de la modista. Y sus labios ordenaron, autoritarios:

—Súbales diez centímetros más a mis vestidos.

